

II.
LAS TEORÍAS
DEL
CONOCIMIENTO

EL DILEMA DE LA FILOSOFÍA

Es indudable que la cuna de la Filosofía, para el mundo indoeuropeo, está en Grecia. Comenzó preocupándose de la naturaleza y el conocimiento, en la época de los presocráticos, y siguió con lo social y lo moral, ya con los sofistas y Sócrates. La culminación de la Filosofía en la Antigüedad llegó con Platón y Aristóteles, que trataron de responder a todo lo que pudiera ser objeto de conocimiento. Con una cierta continuidad, se alcanza el punto más alto de esa Filosofía en la Edad Media con Santo Tomás, pero a partir de esa época, se transforma considerablemente el enfoque filosófico. Se configuró un nuevo pensamiento, provocando un cambio radical en los caracteres indoeuropeos que habían estado a su base y adquiriendo un perfil que acusaba la influencia del cristianismo, de origen semita.

No obstante, a través de los siglos parece haber dilemas que se han mantenido en la Filosofía, como el dilema entre los sentidos y la razón. ¿Lo que vemos y lo que pensamos coinciden plenamente? Si no coinciden, ¿a quién le creemos? ¿Qué explicación podemos dar para resolver la cuestión? De entrada, debemos comprender cuál es la relación entre el lenguaje de los sentidos y el lenguaje de la razón. Y si se reflexiona, se caerá en cuenta que en esto consiste la aventura de conocer. Todos queremos saber qué son y cómo son las cosas, pero al mismo tiempo nos planteamos si es seguro lo que creemos conocer. ¿Cómo conocemos? Esto es el centro de la Filosofía.

Se habló del dualismo de naturaleza en el hombre. Se señalaron antecedentes en la tradición bíblica, y en la secta

filosófico-religiosa de los órficos, del siglo VI a.C. Además, el dualismo axiológico de que el mal está en el cuerpo y el bien en el alma. El hombre tiene que dar preferencia al alma, sometiendo al cuerpo. Se mencionó la polémica opinión de los autores sobre el calificativo de dualismo para indoeuropeos o semitas. Pero lo que nos va a interesar ahora es que esta dualidad de la naturaleza humana, de los planos antropológico y axiológico ya mencionados, va a pasar a un plano gnoseológico. Antropológicamente, el hombre es dual, cuerpo y alma, con características opuestas. Para el planteamiento ético, la idea del bien corresponde al alma, mientras que el mal se deriva del cuerpo. Ahora bien, desde el punto de vista del conocimiento, queremos saber cómo es el mundo que nos rodea, pero para la tesis órfica, la realidad es una trampa, los sentidos nos engañan. La dualidad se hace presente de nuevo en el plano gnoseológico, entre los sentidos y la razón. En consecuencia, ¿cómo hemos de conocer? Aquí comienza realmente la Filosofía.

EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO

Los griegos se dieron cuenta de que los sentidos pueden captar multitud de objetos, por ejemplo, una bandada de pájaros, que se mueven, que nacen y mueren, pero que en la mente existe la noción de pájaro, que es una sola, no múltiple; la noción no muere, es eterna; la noción está inmóvil. Es decir, que las características de la noción que está en la mente, no coinciden con lo que observan los sentidos. Hay pues, un mundo de los sentidos y un mundo de la mente, el mundo sensible y el mundo inteligible, que parecen discrepar.

Todos los hombres quieren conocer las cosas que los rodean, es algo que está en su naturaleza. Pero, ¿qué es el conocimiento? ¿Cómo se produce? El proceso del conocimiento tiene muchos aspectos que deben ser considerados; por una parte, está el mundo, los seres de la realidad. Por otro lado, está el hombre, con su mente capaz de conocer. Las cosas envían información que impresiona los sentidos, pero el conocimiento son ideas que están en la mente. ¿Qué es lo determinante? ¿La realidad o las ideas? A lo largo de los siglos, las respuestas van a ser diferentes, intentando explicar esta relación. Hay dos momentos cruciales, el tiempo de la Grecia clásica y la época Moderna, a partir del siglo XVII.

El hecho de que el hombre se plantee el enfrentamiento del mundo sensible y el mundo inteligible, que distinga las dos cosas, significa que no se limita a conocer, sino que ha tomado conciencia del hecho de estar conociendo, que se sabe que una cosa es la percepción y otra diferente el objeto de la realidad que se está conociendo, que ha comenzado la reflexión sobre el conocimiento. Y allí surge la duda de si las cualidades que percibimos en un objeto son las que tiene el objeto, o si nos estamos engañando.

En el siglo VI a.C. nos encontramos con Jenófanes (570 a.C.), Heráclito (535 a.C.) y Parménides (515-510 a.C.), que se plantean problemas sobre el conocimiento de todas las cosas que percibimos. Estos tres filósofos van a considerar que hay una existencia aparente, un ser aparente, que captamos con los sentidos, y una existencia real, un ser verdadero, que está en el intelecto.

En Grecia se habla de un conocimiento aparente, que se denomina *doxa*, opinión, sentir común de los hombres. El mundo sensible abarca multitud de cosas, que están cambiando, que se mueven; es un mundo de apariencias, respecto del cual emitimos opiniones. Pero detrás de las apariencias, está el ser verdadero, el que está en la mente, que tiene características muy diferentes a lo que se ve, porque es uno, es inmóvil, imperecedero. El conocimiento verdadero recibe el nombre de *episteme* y requiere de un esfuerzo metódico, de algún procedimiento para alcanzar ese saber, ya sea discursivo, a través del razonamiento, o intuitivo, inmediato. De modo que al mundo sensible se opone el mundo inteligible y esta contraposición es el comienzo del análisis sobre el conocimiento.

El conocimiento plantea muchos interrogantes, pero entre todos ellos, tal vez el problema principal, lo que podemos considerar lo esencial, va a estar constituido por la relación entre el sujeto que conoce y el objeto que es conocido, es decir, la conexión entre la mente y la realidad. La pregunta principal va a ser, cuál de los dos factores es más importante para el conocimiento, el sujeto o el objeto. ¿Será que el objeto determina al sujeto, durante el acto de conocer, o al revés, la actividad del sujeto será lo primordial?

Las respuestas más importantes que se han dado al problema, han sido conocidas como las teorías del realismo y el idealismo, aunque ha habido otras. El realismo surgió primero en el tiempo, empezó a plantearse desde el siglo VI a.C. y permaneció vigente muchos siglos. No se puso en duda esa respuesta hasta el siglo XVII de nuestra era, cuando

ocurrieron una serie de acontecimientos, que revolucionaron las mentes de los hombres. La consecuencia de todo lo sucedido fue la implantación de la teoría idealista.

De todos los aspectos del conocimiento que se podrían considerar, nos vamos a limitar al que se refiere a la esencia del mismo. Y dentro de diferentes respuestas, a las que han tenido mayor impacto en el pensamiento, el realismo y el idealismo, a las cuales nos vamos a limitar. Pero eso sí, recordaremos a los arios y a los semitas, para ver si su manera de pensar tiene algo que ver con estas teorías importantes.

REALISMO

Antecedentes

En el poema de Jenófanes se habla de la diferencia entre los mortales y un ser eterno, inmóvil. “Entre los Dioses hay un Dios máximo [...] En lo mismo permanece siempre sin en nada moverse, sin trasladarse nunca en los diversos tiempos a las diversas partes [...] Mas los mortales piensan que, cual ellos, los dioses se engendraron” (fragmentos 23-24, 14-15, García Bacca: 35).

Y la posibilidad de conocimiento de los mortales, según Jenófanes, es mera opinión:

Jamás nació ni nacerá varón alguno
que conozca de vista cierta lo que yo digo
sobre los dioses y sobre las cosas todas;
[---]

Todas las cosas ya por el contrario
Con opinión están prendidas (fragmento 34, García
Bacca: 37).

Contrapone la realidad múltiple del mundo sensible con la unidad del mundo inteligible: “por camino doloso engañado me encuentro; porque, hállese mi pensamiento donde se hallare, se me des-hace este Todo hacia Uno” (García Bacca: 40).

En Heráclito hay desconfianza hacia la información de los sentidos y en cambio, se privilegia el pensamiento. Ridiculiza las apariencias u opiniones de la gente.

Juicio propio: enfermedad sagrada. Vista de ojos: engaño propio [...] Malos testigos son ojos y oídos cuando se tiene alma de bárbaro [...] Los imbéciles oyen como oyen los sordos. Y lo confirma el refrán de que aún presentes están ausentes [...] Acerca del conocimiento de lo patente se engañan los hombres, cual se engañó Homero, el más sabio entre todos los griegos [...] A la naturaleza le agrada ocultarse (fragmentos 46, 107, 34, 56, 123, García Bacca: 211, 215, 210, 211, 216).

Para descartar las apariencias, propone atenerse al pensamiento y acudir al método de razonamiento por los contrarios. Da preferencia al mundo inteligible:

La erudición en muchas cosas no enseña a entender ninguna [...] En una sola consiste la Sabiduría: en conocer con ciencia a la Mente que a todas las cosas y en todo las gobierna [...] Pensar es la máxima de las virtudes [...] El pensar es uno y común a todos (fragmentos 40, 41, 112, 113, García Bacca: 210, 215).

Los fragmentos más conocidos de Heráclito son lo que proponen no dejarse engañar por lo que se nos aparece como cosas contrapuestas que, si se reflexiona adecuadamente, se encontrará que los opuestos forman una unidad.

Se unen: completo e incompleto, consonante-disonante, unísono-dísono, y de todos se hace uno, y de uno se hacen todos [...] Y uno son bien y mal [...] Una y la misma cosa son: viviente y muerto, despierto y dormido, joven y viejo; solo que, al invertirse unas cosas, resultan las otras, y a su vez al invertirse esotras resultan las otras [...] En los mismos ríos nos bañamos y no nos bañamos en los mismos; y parecidamente somos y no somos [...] Para el Dios todo es bello y bueno y justo; los hombres, por el contrario, tienen unas cosas por justas y otras por injustas (fragmentos 10, 58, 88, 49ª, 102, García Bacca: 208, 211, 214, 211, 215).

El poema fenomenológico de Parménides se refiere al mundo de las apariencias, que están condenadas a muerte, ya que la madurez trae la corrupción. Las apariencias son expresadas por la opinión, la cual da nombres a las apariencias. Los nombres son señales superficiales, no proposiciones verdaderas. Nombres usados como insignia; no en el sentido de Aristóteles, donde el nombre tiene función apofántica, que presenta lo que la cosa es. En palabras de Parménides:

Según, pues, la opinión
estas cosas así fueron y así son;
pero, inmediatamente,
de lo que son partiendo y a madurez llegadas,
tocará perecer a las presentes;
empero a todas ellas, a cada una,
nombre, como insignia
impusieron los hombres.

El otro poema de Parménides, el ontológico, establece los principios fundamentales del pensamiento. Por eso dice allí, que hablará de “cuáles son las únicas sendas investigables por el pensar”. Y se refiere a principios como el de identidad y el

de no contradicción, “del Ente es ser; del Ente no es no ser [...] Menester es al Decir, y al Pensar, y al Ente ser” (fragmentos 2, 3, 6, García Bacca: 63,64). Dice que el pensamiento no debe investigar por el camino donde los mortales yerran perdidos. “Para ellos, la misma cosa y no la misma cosa parece el ser y el no ser” (fragmento 6, García Bacca: 64).

El Ser para Parménides tiene como características ser eterno, indivisible, inmóvil, infinito.

Hay muchos múltiples indicios de que es el Ente ingénito y es imperecedero [...] Y de esta manera toda génesis queda extinguida [...] Ni es el Ente divisible [...] Está, además, el Ente inmóvil [...] El mismo es, en lo mismo permanece y por sí mismo el Ente se sustenta (fragmento 8, García Bacca: 65, 66, 67).

Heráclito había destacado la importancia del devenir, del fluir. Todo está en movimiento, como las aguas de un río, que no son las mismas y que nos impiden bañarnos dos veces en el mismo río. Frente a las afirmaciones de Heráclito, Parménides considera absurdo lo que implica esa concepción, porque piensa que es una tesis contradictoria. A partir del principio de identidad, que el ser es y el ser no puede no ser, el filósofo excluye todo lo que contraría este principio. Si observamos a través de los sentidos que en la realidad hay multiplicidad de cosas, que son cambiantes, que están en movimiento, él llega a la conclusión que esas afirmaciones provenientes de nuestra percepción son ininteligibles, contrarias al pensamiento, no pueden ser, son falsas. Veamos por qué.

Si hablamos de multiplicidad de seres, tenemos que decir que un ser, no es otro ser, con lo cual estaríamos afirmando de

un ser, que no es, lo cual es imposible. El ser es y no puede no ser. Por lo cual concluye, basándose en el principio de identidad, que el ser tiene que ser único, no puede ser múltiple. De la misma manera, el ser tiene que ser eterno, porque si tuvo principio, antes del principio no era, lo cual es imposible. También tiene que ser infinito, porque si no lo fuera, tendría límites y habría un espacio en el cual el ser no es, lo cual es imposible. Si el ser se transforma, si no es inmutable, pasaría de ser algo, a no serlo, para pasar a ser otra cosa. Por ejemplo, si el hombre pasa de ser joven a viejo, tiene que pasar de ser joven a no serlo, para pasar a ser otra cosa. Entonces el hombre es y no es, lo cual es imposible. Si no es inmóvil el ser, al pasar de un lugar a otro, se necesitaría que el espacio fuera una noción más amplia; como la noción de ser es la más amplia que hay, el ser es inmóvil.

De modo que el ser tiene que ser único, eterno, inmutable, infinito e inmóvil, para no contrariar el principio de identidad. Pero las percepciones que tenemos de la realidad son muy diferentes, por tanto, la conclusión es que el mundo sensible, el mundo que conocemos por los sentidos, es ininteligible, no se puede entender, es falso. Únicamente el mundo inteligible, del pensamiento, es auténtico. Por eso Parménides termina por identificar el ser con el pensar: “que es una misma cosa el pensar con el ser”, o también; “menester es al decir, y al pensar, y al ente ser”. En pocas palabras, que lo que no se puede pensar, no puede ser. De modo que para Parménides las propiedades esenciales del ser son las mismas del pensar.

Pero al separar el mundo sensible y el mundo inteligible, queda sin explicación cuál es la relación que hay entre los

dos ámbitos, de qué modo se puede entender su vinculación. Después de las respuestas de Jenófanes, Heráclito y Parménides, frente al dilema de la información de los sentidos, que nos muestran multiplicidad de seres, cambiantes, perecederos, contra lo que dice la razón, que el ser es uno, eterno, inmutable, vendrán las construcciones de Platón y Aristóteles, que tratarán de resolver el mismo problema.

Platón

Platón (siglo IV a.C.) critica a Parménides, porque a su juicio no distinguió debidamente el mundo sensible y el mundo inteligible, sino que más bien los identificó. Platón señala que una cosa es la existencia de las cosas y otra la esencia, la unidad de lo que es una cosa. Al decir “que es una misma cosa el pensar con el ser”, Platón cree que Parménides confundió la existencia de las cosas con el pensamiento de las cosas. Pero no sabemos si Parménides hablaba del ser en el sentido de su conocimiento, o de su existencia, o si creía que era la misma cosa. Sólo identifica el pensar con el ser, pero no queda claro lo que quería decir con el ser. Lo que no aparece explicado es el tipo de relación entre lo sensible y lo inteligible.

Esto es lo que va a tratar de resolver Platón con su teoría de las ideas. El término “idea” lo introduce Platón y se refiere a la esencia de una cosa, al ser con sus características, a la unidad de las características de las cosas. Hay una idea para cada cosa y la idea es perfecta. Es tan perfecta la idea, que las cosas nunca alcanzan a realizar la perfección de la idea. De aquí surge el mito de la caverna, que propone en el diálogo *La República*. Según el mito, los hombres están encadenados

dentro de la caverna, de espaldas a la entrada, de modo que no pueden ver directamente las cosas de la realidad. Lo único que ven son las sombras de las cosas, que se proyectan en el fondo de la caverna. Lo central de Platón es haber atribuido existencia a estas ideas perfectas. La relación entre el mundo sensible y el mundo inteligible de las ideas, es explicada por Platón de una manera poco precisa, ya que dice que las cosas que vemos en la realidad son sombras de las ideas; lo más que llega a decir es que “la realidad es participación en las ideas”, lo cual no aclara mucho las cosas. Al final, termina como Parménides dando preferencia al pensamiento, pero sin negar la realidad del mundo sensible y distinguiéndolo del mundo inteligible. No explicó satisfactoriamente cómo podemos entender la conexión entre los dos mundos.

En síntesis, hasta este momento, los filósofos presocráticos enfatizaron que la información que suministran los sentidos tiene unas características que no coinciden con lo que dice la mente. Resolvieron el dilema tomando partido a favor de la mente, llegando a la conclusión de que el mundo que conocemos mediante la percepción es falso, que el conocimiento verdadero es el ser que está en la mente. La culminación llega con Parménides, al identificar el pensar con el ser.

Al aparecer Platón, critica a Parménides que haya incluido el mundo sensible dentro del mundo inteligible, que no distinguiera claramente las dos cosas, y propone como solución afirmar la existencia de las ideas por una parte y la de las cosas por otra parte. Desde luego, dentro de la tradición que hereda, da preferencia a las ideas, al punto de que ellas son perfectas y las cosas de la realidad nunca podrán alcanzar

a realizar plenamente las ideas. Superó la falta de distinción entre lo sensible y lo inteligible, pero a un precio muy alto: duplicó innecesariamente las cosas existentes. Por cada cosa, existe una idea de esa cosa. Pero como la cosa se relaciona con su idea, también deberá haber una idea de esa relación, así como una idea de lo que no es la cosa, y así hasta el infinito, ideas de las ideas.

Trata, pues, Platón de resolver el dilema, afirmando la existencia de los dos mundos, pero no logra explicar a cabalidad cómo se relacionan ellos. La idea de la “participación” de lo sensible en lo inteligible, no permite entender cómo es la conexión. Y termina coincidiendo un poco con los presocráticos, al afirmar que el ser de las cosas sensibles sólo se da en la medida en que ellas participan de las ideas, que son los seres por excelencia, pero con el agravante de haber multiplicado los seres existentes hasta el infinito.

Aristóteles

Aristóteles (siglo IV a.C.) señala éstas y otras críticas a la teoría de las ideas de su maestro y emprende la tarea de resolver el dilema, con tanto éxito, que su solución permanece vigente desde el siglo IV a.C, hasta el siglo XVII d.C. Los filósofos anteriores hablaban de la existencia de las cosas, pero es Aristóteles quien elabora una tesis muy lograda sobre el realismo en filosofía.

Comienza por distinguir en las cosas tres aspectos que hay que considerar: la substancia, la esencia y el accidente. La substancia es simplemente la cosa, el sujeto del cual hablamos. La esencia, lo que decimos de la cosa, la suma de predicados

del objeto, indispensables para definir la cosa. Y el accidente, los caracteres que no son indispensables para una definición, pero que son los que caracterizan a un objeto en un momento y un lugar determinado. Son las substancias individuales que, según Aristóteles, es lo que existe realmente.

De modo que Aristóteles encuentra en cada cosa la existencia, que es la substancia, y también la idea, que es la esencia. La idea es lo que hace inteligible a la substancia, comprensible para nuestro entendimiento, pero no está separada de la cosa, existiendo en otro mundo, como las ideas de Platón, sino que es un aspecto de las cosas mismas. De modo que reúne lo sensible y lo inteligible en las cosas que encontramos en la realidad. Las cosas, *res* en latín, es lo que existe. De allí viene la expresión realismo.

Las ideas no tienen existencia, como afirmaba Platón. Únicamente las cosas existen. Y nuestra mente comprende las cosas. Aristóteles incorpora las ideas, a las cosas de la realidad.

También señala Aristóteles que en cada cosa se puede distinguir una materia y una forma. La materia es aquello con lo que algo está hecho. Y la forma, lo que hace que la cosa sea. La forma coincide con la esencia, es el conjunto de caracteres esenciales, que son reunidos por la mente, confiriéndoles unidad y dándole sentido a cada cosa.

Pero las cosas tienen una existencia contingente, no son necesarias, por eso tienen su fundamento en otra, que tiene una existencia necesaria, que es inmóvil, inmaterial, que es acto puro, que es la causa de todo, que es Dios.

A través de estas explicaciones de la substancia y la esencia, la materia y la forma, Aristóteles resuelve el dilema entre la información de los sentidos y la información de la mente. La mente reúne la información de los sentidos, les da unidad, para hacer comprensible esa información y entender las cosas de la realidad, que Aristóteles afirma que existen, sin tener dudas de ello. Las dudas tardarán siglos en llegar, provocando una nueva teoría gnoseológica.

La teoría del conocimiento de Aristóteles es una expresión máxima del realismo. No se limitó a insinuar respuestas al dilema que se venía planteando la filosofía, sino que elaboró un análisis que daba una explicación completa del conocimiento. Recogió los logros importantes de sus antecesores y desarrolló una serie de aspectos que no se habían planteado con anterioridad. Conocer algunos detalles de su planteamiento, explica lo que es el realismo, la primera respuesta que se da al problema del conocimiento.

Comienza Aristóteles por pensar que, para hablar de un ser, para decir algo de él, hay que hacerlo desde ciertos puntos de vista. Es lo que el filósofo llama *categorías* y las enumera. Empieza por la *substancia*, consiste en decir que algo es. Por ejemplo, cuando alguien dice “esto es un pájaro”. Luego viene la *cantidad*, si son muchas cosas, o pocas cosas. Por ejemplo, “es una bandada de pájaros”. Después la *cualidad*, cómo son las cosas. “Los pájaros tienen el plumaje amarillo”. También habla de la *relación*, cuál es la comparación con otras cosas. “Estos pájaros son más grandes que otros”. Interesa igualmente el *lugar*, dónde está el ser. Por ejemplo, “los pájaros están en el jardín”. Así como interesa el *tiempo*, cuándo está el ser. “Los

pájaros están en este momento”. Otra categoría es la *acción*, lo que el ser hace. “Los pájaros están volando”. Y finalmente la *pasión*, lo que el ser padece, soporta. “Los pájaros fueron espantados”.

Esta lista de categorías ha sido criticada, diciendo que Aristóteles la fue elaborando al azar, no de un modo sistemático; se señala que debió derivarla de un principio. Pero sobre todo se ha criticado que incluyera la substancia, que en verdad no es un punto de vista para considerar al ser, sino que es el ser mismo. Por cierto, Aristóteles considera que la substancia está compuesta de materia y forma, de ambas necesariamente, porque no puede haber materia sin forma, ni forma sin materia; esto último fue lo que pretendió Platón, al hablar de la existencia de un mundo de ideas puras. Este punto va a ser clave para la tesis de Aristóteles.

Lo más importante que hay que destacar en relación con estas categorías, es que ellas se refieren a la estructura del ser, a las formas elementales del ser, es decir, aspecto ontológico; y también se refieren a la estructura del pensamiento, a lo que se puede decir de una cosa, a lo que se puede predicar del ser, aspecto gnoseológico. O sea que las categorías son elementos de la realidad y del pensamiento. A Aristóteles no se le ocurrió en ningún momento separar las dos cosas. Las ideas están en el hombre, pero también están en las cosas. De este modo, al estar unidos el ser y el pensamiento, la mente opera como un espejo en el que se refleja el mundo.

Pero, además, Aristóteles explicó el proceso de conocimiento, destacando la necesidad de elaborar los

conceptos, trabajando con las notas características de las cosas, gracias a las categorías. También es necesario, al conocer algo, incluir ese algo en un concepto elaborado. Digamos que se elabora del modo indicado el concepto de hombre y luego, al observar uno de estos seres, se lo incluye en el concepto, diciendo algo de él, “éste es un hombre”, “es un animal racional”. Afirmar algo de un ser es un juicio, que consiste en el enlace de conceptos. Después de los conceptos y de los juicios, vienen los razonamientos, que trabajan con juicios y que permiten llegar a otras conclusiones en el conocimiento.

Resumen

Al llegar a este punto, es oportuno hacer un resumen de todos los planteamientos que fueron elaborando distintos pensadores y mostrar cómo hay una definitiva vinculación entre los diferentes aportes; a veces se acogieron las ideas, y la mayoría de las veces se reaccionó para enfrentarlas, hasta culminar con una elaborada teoría del conocimiento.

La historia comenzó al observar las diferencias entre el mundo sensible y el mundo inteligible; las primeras batallas fueron para tratar de resolver este problema. Jenófanes, Heráclito y Parménides, aportando ideas diferentes, cada uno discutiendo las ideas del que le precedió, coincidieron al concluir que las percepciones son falsas, lo que decimos sobre este mundo son meras opiniones. Hay que decantarse por el mundo inteligible, ya que la verdad se encuentra en el pensamiento. Pero esta respuesta deja como ignorado al mundo sensible, sin que se sepa qué papel juega.

Platón pretende resolver el problema, enfrentando también las ideas de quien le precedió. Privilegia las ideas, sin borrar las percepciones. Lo sensible existe, pero como sombra de la idea, existe en cuanto participa de la idea. En realidad, agravó el problema que trataba de resolver, al conferir existencia a las ideas puras, que deberán multiplicarse al infinito, y coexistir con las cosas de la realidad, sin llegar a convencer sobre la relación de lo sensible con lo inteligible. Ambas cosas existen, pero no se sabe cómo se vinculan ambas cosas.

Sócrates había hecho un aporte importante, al dedicarse a buscar definiciones de las cosas: qué es la justicia, qué es la bondad, qué es la valentía. Apuntó certeramente a la necesidad de elaborar conceptos.

Y entonces Aristóteles recoge la herencia de lo valioso que dejaron los que le antecedieron y con su talento extraordinario, completó lo que hacía falta para resolver el problema del conocimiento.

Comienza por tratar de explicar las discrepancias entre lo sensible y lo inteligible, sin negar ninguna de las dos cosas. Recordemos que Heráclito había dicho que, si se escucha a la razón, “habrá que convenir, como puesto en razón, en que todas las cosas son una” (García Bacca: 211). Es decir, todas las cosas (mundo sensible), al mismo tiempo son una (mundo inteligible). Por otra parte, también Heráclito había dicho que la racionalidad “existe desde siempre” y que todo ha sido hecho según la racionalidad (García Bacca: 207). Aristóteles recoge la creencia de que el mundo, y el hombre dentro de él, son racionales.

Parménides dijo “que es una misma cosa el pensar con el ser” (García Bacca: 63) y Aristóteles aprovecha también este legado. No cree que haya que separar lo sensible y lo inteligible, como hizo su maestro Platón, o negar por falso el mundo sensible, como hicieron muchos. Va a buscar una explicación que reúna ambas cosas. Especialmente porque lo inteligible está en el hombre (pensar), que no es más que una mínima parte del mundo (ser), como dijo su maestro Platón.” ¿Acaso no es verdad que los asuntos humanos forman parte de la naturaleza animada y viva? [...] siendo tú [...] una simple parte o unidad en este todo” (1966: 1492-1493).

Por eso para Aristóteles el universo es racional (Heráclito) y también el hombre, que es una pequeña parte del universo (Platón). Si todo lo que hay (ser) es racional (pensar), quiere decir que el pensar y el ser es una misma cosa (Parménides). No puede haber incompatibilidad entre lo sensible y lo inteligible. La razón nos dice que una cosa no puede ser y no ser, lo propio del ente es ser (Parménides), luego el pensar y el ser son una misma cosa. Él entiende que las categorías se refieren a la estructura del ser (ontología) y a la estructura del pensamiento (gnoseología). En consecuencia, Aristóteles concibe el conocimiento como una unidad del mundo y el pensamiento, de las cosas (mundo) y del hombre (pensamiento), que es parte del mundo. El hombre es racional, que es su diferencia específica, y es una pequeña parte del Universo, que también es racional. Dentro de esta unidad indiferenciada, la mente del hombre refleja el mundo.

Pero ese reflejo, ese conocimiento, hay que explicarlo y es lo que logra el talento de Aristóteles. Hay que empezar

por elaborar los conceptos (Sócrates), para lo cual Aristóteles utiliza las categorías, que describe. Después recuerda que hay que incluir los objetos a conocer, dentro de los conceptos, construyendo los juicios; y al enlazar juicios, surgen los razonamientos.

Es interesante observar cómo, a lo largo de la Historia, hay una especie de debate entre los pensadores, que es lo que va haciendo avanzar la idea que se tiene del conocimiento. Empezamos con Jenófanes, que identificó los dos mundos, el sensible y el inteligible, cuando advirtió que había la multiplicidad y la unidad (“se me deshace ese Todo hacia Uno”). Entonces Heráclito pretende resolver la distinción de Jenófanes, mediante la unión de los opuestos (“de todos se hace uno y de uno se hacen todos”), unión que se realiza en el movimiento (“no nos bañamos dos veces en el mismo río” “parecidamente somos y no somos”). Parménides se enfrenta a Heráclito. Enunció el principio de identidad y de no contradicción y acusó a Heráclito de contradictorio con eso de ser y no ser. Para evitar cualquier contradicción, identificó la realidad y el pensamiento (“menester es al Decir y al Pensar y al Ente ser”). Platón reclamó a Parménides esa identificación, la rompió y afirmó la existencia tanto de las ideas, como de las cosas (mito de la Caverna). Pero no logró explicar de modo convincente la relación existente entre las ideas y las cosas. Entonces Aristóteles se apoyó en las cosas, distinguió en ellas la substancia, que es lo que existe, y la esencia, que es la idea, la forma de las cosas, que no tiene existencia material. Pero ¿de qué depende la validez de una idea? De su concordancia con la cosa. Y es que Aristóteles daba por supuesto que las cosas existían y que las podíamos conocer.

La Edad Moderna trajo muchas sorpresas a los hombres, porque unas cuantas ideas del pasado se mostraron falsas (inversión copernicana, por ejemplo). Empezó la utilización de una serie de instrumentos, que ampliaron las posibilidades de conocimiento y que mostraron que algunos datos, incuestionados hasta ese momento, eran errados. ¿Por qué fallaron las nociones? Cayeron en cuenta que de lo único que podemos estar seguros es de que pensamos (Descartes), porque es algo que es inmediato a nosotros. En cambio, las cosas no las conocemos de modo inmediato (no sabemos lo que son las cosas en sí mismas). Esto llevó la atención hacia el sujeto, hacia su pensamiento, lo único de lo que no podemos dudar, concluyendo que el objeto del conocimiento en realidad es lo que pensamos (dijo Kant, “el entendimiento constituye su objeto”). Lo que consideramos conocimiento es lo que pensamos. Entonces ya no damos por supuestas las cosas (realismo), sino las ideas (idealismo). No podemos estar seguros de lo que son las cosas (realismo), sino de que pensamos (idealismo).

Conexión con los indoeuropeos

Se necesitó la genialidad de Aristóteles para reunir las piezas valiosas que había ido dejando la Historia y para explicar cómo había que armar el rompecabezas del conocimiento. Su teoría logra armonizar las cosas en una gran unidad, afirmando que existe la realidad, el hombre dentro de ella, y que la conocemos. Como cree que es evidente que la realidad existe y que la conocemos, se habló de la teoría realista del conocimiento.

Los griegos pertenecían a la familia de los indoeuropeos. Si se recuerdan algunas de las características de su pensamiento, la manera como concebían el universo, dotado de una racionalidad inmanente; el modo de ver al hombre, también racional, pero constituyendo sólo una pequeña parte del universo; la importancia de lo racional y la idea circular del tiempo, donde no se avanza, sino que se repite lo mismo, se conservan las cosas, como se conserva el conocimiento en un silogismo, o el patrimonio en la justicia correctiva de Aristóteles; la concepción religiosa politeísta, con dioses cercanos a los hombres y con una identificación del culto religioso con la vida de la ciudad; un universo que no había sido creado por ningún dios o ningún hombre, y cuyas leyes implacables lo regían todo, incluso la vida del hombre, que por tanto no era libre; y así por el estilo, con algunas otras de las ideas descritas, se entenderá cómo fue posible esa teoría del conocimiento, que va recorriendo un camino que conduce, en el fondo, a pensar en una gran unidad indiferenciada, donde el hombre era sólo parte de un todo racional, que abarcaba todos los seres. En la teoría realista hay una concepción de un todo, que funciona de manera armónica, un Universo racional, donde las cosas y la mente del hombre encajan perfectamente. La ideología era politeísta y los dioses eran parte de su mundo, la religión era parte fundamental de la vida política, el ciudadano estaba en estrecha relación con la *polis*, una relación inmediata, de modo que estaban acostumbrados a una vida unitaria, sin escisiones, por lo que se explica que el conocimiento sea considerado también como una simple visión de las cosas que los rodean, con las cuales se formaba una sola gran unidad. El Ser era uno, la Naturaleza era una sola, la racionalidad

no estaba separada del Universo, todo funcionaba como un único y perfecto mecanismo de relojería, no podían pensarse a ellos mismos como separados de ese conjunto, de modo que la teoría del conocimiento realista descansa en la idea de que existe una gran unidad armónica, donde conocer es captar la realidad, la cual encaja perfectamente con el pensamiento humano. El realismo es posible para una concepción monista, con todas sus características.

Este universo, así entendido, era el protagonista, el centro de la concepción del mundo de la Antigüedad, dentro de la cultura de los indoeuropeos, que podemos denominar por ello de cosmocéntrica. Los rasgos que identificaban el modo de pensar de esa familia lingüística, llevó a la elaboración de la teoría realista del conocimiento, para la cual existe, sin lugar a dudas, la realidad, o sea, el cosmos, con todas las cosas, incluido el ser humano, y se trata de una realidad racional, que podemos conocer. El hombre es racional, pero es una pequeña parte de un mundo, que también lo es. La mente refleja el mundo, por lo cual son iguales la realidad y el pensamiento; la cosa y su concepto coinciden perfectamente. El entendimiento se pliega a la realidad, la capta como ella es, porque el entendimiento es parte de una realidad, que tiene unas leyes que rigen por igual al conjunto. La teoría realista del conocimiento no habría sido posible sin una concepción monista antropológica, axiológica y ontológica. El pensamiento indoeuropeo, con todas sus características, centrado especialmente en la naturaleza racional, que lo abarcaba y regía todo de la misma manera, hizo posible esa concepción de una gran unidad (monismo ontológico), donde el hombre no era básicamente diferente

de las otras criaturas (monismo antropológico), donde lo religioso era parte inseparable de la ciudad y de este mundo, donde la muerte era entendida como una continuación de la vida bajo la misma tierra y donde el conocimiento y las cosas conocidas estaban enlazados tan estrechamente, que no había lugar sino para la verdad absoluta. Ese sentimiento de unidad hacía que la realidad se percibiera de forma inmediata y no podía dudarse que ella existía y que era lo más importante. La teoría del realismo es la teoría del conocimiento que corresponde a los indoeuropeos.

EL IDEALISMO

Un poco de Historia

Para entender cómo fue que se llegó al idealismo, hay que comenzar por recordar algunos datos de la historia del conocimiento. En el modelo aristotélico de ciencia se había exigido una garantía absoluta de validez para las proposiciones. Dentro del grupo de verdades absolutas, que se mantuvieron durante muchos siglos, estaba la idea de que la tierra era el centro del sistema y el sol giraba a su alrededor. Hasta que llegó el siglo XVI y se produjo lo que se conoce como la inversión copernicana. Lo mismo sucedió con la forma de la tierra. Siglos creyendo que la tierra era plana, hasta que por esa época se comprobó que no era cierto. El haber descubierto que eran errores aquellas afirmaciones que se habían tenido por verdades absolutas, produjo un impacto muy fuerte en los pensadores. Si a esto se une el espíritu crítico que desató la reforma protestante, se puede comprender el ambiente intelectual que prevalecía a comienzos de la Edad Moderna,

cuando en medio de la perplejidad, se empezaron a discutir muchas cosas. Para completar el panorama, en esa época se inventaron una serie de instrumentos para la observación científica y empezó el carácter experimental de la ciencia, que deslindó el conocimiento científico del filosófico.

La consecuencia de estos acontecimientos fue el espíritu de duda ante cualquier afirmación científica o filosófica, la exigencia de un fundamento sólido para tener certeza de lo que se decía, el temor de volver a caer en el error. En la teoría del conocimiento de Aristóteles la verdad se entendía como la concordancia del concepto con el objeto de la realidad al cual se refería. Ahora bien, ¿qué sucedía si el concepto no estaba bien formulado? De pronto se dieron cuenta que las cosas no se conocían directamente, sino de manera mediata, a través de los conceptos. ¿Cómo tener seguridad de que no había error, de que el concepto era cierto? ¿Qué se conocía de modo inmediato?

A medida que los estudiosos reflexionaban sobre estas cosas, la teoría de Aristóteles entró en crisis. Se había creído con fiabilidad que la realidad existía y que el pensamiento reflejaba la realidad, sin mayores dudas. ¿Cómo estar seguro de eso? La experiencia ya había demostrado que a veces lo que pensamos es un error. Pero vieron que aún en ese caso, de lo único que estamos seguros, de manera inmediata, es que pensamos. Puede que pensemos acertada o erróneamente, pero pensamos, de eso no podemos dudar. Entonces los hombres comenzaron a ocuparse del pensamiento humano, a darle más importancia al hecho de pensar, que a aquello que se piensa.

Era lo único de lo que se estaba seguro. Este es el comienzo de una revolución en la teoría del conocimiento. De la teoría del realismo se va a pasar a la del idealismo.

Comparación con el realismo

La mejor manera de ir conociendo el idealismo, es mediante la comparación con el realismo en una serie de aspectos. En primer lugar, *el papel que desempeñan el sujeto y el objeto* son diferentes. En el realismo, cuando se piensa en la relación de conocimiento entre un sujeto que conoce y un objeto que es conocido, la atención se centra en el objeto. Con relación a las cosas, hay la seguridad de que ellas existen y que determinan al sujeto que conoce. El objeto es el protagonista en el teatro del conocimiento. Se parte de la existencia de las cosas en el mundo y después viene el conocimiento, que será condicionado por las cosas. Si no hay objetos, el espejo no refleja nada.

En el idealismo sucede lo contrario en este aspecto. El foco de atención se va a detener en el sujeto. De lo único que hay certeza es de que el hombre piensa, por eso el sujeto va a tomar el papel principal en el drama gnoseológico. Ahora se comienza por la necesidad de un sujeto que conozca, para ir luego al problema del objeto. El pensamiento es algo inmediato al sujeto, no hay intermediario entre el sujeto y su pensamiento, es parte de él mismo. Hay un yo pensante, una cosa pensante. Mientras que los objetos de la realidad son dudosos, los pensamientos del sujeto son indudables para él. En el realismo no se duda que las cosas existen y que son inteligibles, se pueden conocer. En el idealismo lo indudable

es que existe un yo pensante. El sujeto no es sólo inteligible, es inteligente, es quien conoce.

En cuanto a *la existencia de las cosas* que se conocen y su relación con el sujeto, resulta que el yo pensante tiene que pensar en algo. Ese algo en lo que piensa, ¿existe? El realismo no duda de la existencia del mundo, en cambio para el idealismo es un problema afirmar si el mundo existe o no. La realidad de las cosas tiene que ser demostrada, o habrá que pensar que se construye la realidad. Partiendo del yo pensante, de cuya existencia no se duda, ¿cómo se puede llegar a la existencia de los objetos que van a ser pensados?

Para el realismo, *la existencia del objeto es independiente de la conciencia* que conoce. Los argumentos que esgrimen son los siguientes: Los objetos son percibidos por muchas personas, lo cual prueba que no dependen de una persona, sino que ellos existen. La percepción de los objetos no depende de la voluntad del sujeto; siempre son percibidos, porque las percepciones son causadas por los objetos, lo cual prueba que existen. Aunque no haya percepción de un objeto, aunque nadie lo vea, el objeto permanece, lo cual muestra que el objeto es independiente de la percepción del sujeto, porque existe.

Por el contrario, para el idealismo el *objeto de conocimiento no es independiente del sujeto* cognoscente. No puede serlo, pues al pensarlo, en el momento de conocerlo, está en la conciencia del sujeto. Conocer algo implica pensar en ese algo, lo cual hace que el objeto que se conoce esté en la conciencia del sujeto y, por tanto, lógicamente el objeto no

es independiente del sujeto que conoce. Aunque sean varias personas, el objeto está en la mente de todas ellas, no se puede afirmar que es independiente de las personas. Si no hay percepción del objeto, ¿cómo se puede afirmar que sigue existiendo? ¿Quién lo afirma? No es independiente del sujeto.

En cuanto a la *naturaleza del objeto de conocimiento*, para el realismo se trata de un objeto empírico, es decir, que se da en la experiencia, en el tiempo y en el espacio. Para el idealismo, se trata de un objeto ideal, que sólo está en la mente, no en la experiencia. El objeto es algo lógico, se trata de un concepto. Desde luego, las dos teorías están entendiendo el objeto de conocimiento desde posiciones muy diferentes, están hablando de cosas distintas. El realismo está hablando de las cosas de la realidad, que se quieren conocer, y el idealismo piensa en el proceso de conocimiento, por lo cual se limita a hablar de los objetos del conocimiento, que son producidos por el pensamiento, ya que no es posible hacer afirmaciones sobre la existencia de las cosas en la realidad, sino de lo que se piensa.

La referencia a las circunstancias históricas en que surge el idealismo ayuda a comprender sus planteamientos. La comparación de realismo e idealismo ilustra sobre algunos aspectos: la preponderancia del objeto o del sujeto en la relación de conocimiento, el problema de la existencia del mundo, la dependencia o independencia del objeto con relación al sujeto, la naturaleza del objeto de conocimiento.

Las propuestas de algunos filósofos de esta etapa pueden resultar ilustrativas. Así como en la etapa anterior, Parménides

fue en alguna medida el precursor de las reflexiones, en esta época el papel le correspondió a Descartes. Y luego viene un momento culminante para la teoría del conocimiento de la modernidad con Kant, quien por cierto se declara en deuda, en algunos sentidos, con Aristóteles. La colaboración de muchos pensadores en esta época fue necesaria para la evolución de la teoría del conocimiento, pero confluyeron en Kant, quien logró una explicación completa del problema.

Descartes

Descartes (1596-1650) va a dar prioridad a los pensamientos en sus reflexiones. Su problema básico es la certeza del conocimiento. En este sentido, parte del famoso principio, que tiene antecedente en San Agustín, “pienso, luego existo”; es lo único de lo que hay certeza inmediata. Pero recoge la tradición del engaño de los sentidos y se preocupa por un método, que nos proporcione ciertas garantías. Propone comenzar por la duda sistemática, seguir por la división de los problemas y analizar los pensamientos. Distingue dos categorías dentro de ellos: los que son claros, distintos de otros y cuyos elementos están bien divididos, y los oscuros y que no están bien separados o diferenciados. Se duda menos de los que son claros y distintos, pero ningún pensamiento garantiza que lo pensado exista. Sólo hay garantía de que se piensa, pero no de que lo que se piensa sea una realidad.

Examinando los pensamientos, se detiene en el que se refiere a la existencia de Dios. Encuentra varias razones para probar la existencia de Dios como, por ejemplo, el argumento ontológico, que había desarrollado siglos antes San Anselmo.

Lo acoge, junto con otras pruebas. Según el argumento ontológico, si tengo la idea de que Dios es un ser perfecto, la idea tiene que incluir la existencia, que es una perfección. En consecuencia, concluye que ese ser perfecto tiene que existir. Es el único pensamiento, dice Descartes, que lleva la garantía de su realidad. Llega así el filósofo a la convicción de que, además de que el yo existe, también Dios existe. Y siendo Dios infinitamente perfecto, no es posible que me engañe. Entonces, quien sólo se ocupa de ideas claras y distintas, no caerá en el error. Dios es garantía de que los objetos de las ideas claras y distintas son reales. Ya puede haber realidad en el mundo, a partir de las ideas.

El mundo de Descartes es sólo de lo claro y distinto, donde sólo queda la cantidad, tratada matemáticamente. Los cuerpos van a ser considerados sin cualidades sensibles. La materia es simplemente algo extenso. Lo demás es oscuro y hay que descartarlo. Los seres vivos son sólo mecanismos. Los sentimientos, las pasiones, son pensamientos oscuros, confusos que, al analizarlos, desaparecen. De esta manera, buscando lo claro y distinto, el conocimiento se ve reducido a una razón orientada matemáticamente. Desde luego, predomina el racionalismo.

Descartes es precursor de la modernidad al desviar la atención de los objetos a los pensamientos. Despertó también la preocupación por la certeza del conocimiento y la necesidad de atender a un método para lograr el objetivo. Recogió elementos que ya había desarrollado la filosofía, como la certeza de la existencia por el pensamiento, la prueba ontológica de la existencia de Dios, la desconfianza de la

información de los sentidos, pero aportó una preocupación moderna por la duda de las afirmaciones y el método para filosofar.

Kant

Con Kant (1724-1804), la teoría del conocimiento da un vuelco total. En la antigüedad, la filosofía se limitaba a la contemplación del mundo; la mente actuaba como un espejo, que reflejaba todas las cosas. Kant va a explicar el pensamiento como una construcción, no como un reflejo. El entendimiento es descrito como una máquina que produce el conocimiento. “El entendimiento constituye su objeto”, dirá Kant.

Hay que tener certeza de la validez del conocimiento. Si una proposición, un juicio, es analítico, es decir, que el predicado simplemente explica, desarrolla lo que está contenido en el sujeto, o sea que consiste en una mera tautología, tiene una validez absoluta y ello porque está fundamentado en el principio de identidad. Tales juicios son *a priori*, no dependen de la experiencia, pero no aumentan el conocimiento, sólo desarrollan lo que ya se sabe. Entonces los juicios de la ciencia tienen que ser sintéticos, el predicado debe añadir algo que no está en el sujeto. En este caso, la validez de las proposiciones depende de la experiencia, son juicios *a posteriori*. Que el agua hierve a determinada temperatura, es una afirmación que se comprueba por la experiencia. Mientras la experiencia está presente, la afirmación puede reputarse válida. Pero la ciencia tiene que hacer afirmaciones que tengan validez más allá del aquí y del ahora. Poder afirmar que el agua siempre hervirá a determinada temperatura, aun cuando no se esté

realizando la experiencia. Es decir, que es necesario que los juicios sintéticos sean al mismo tiempo *a priori*, que tengan validez universal. Para lograr esto, Kant escribió *La crítica de la razón pura*. Una explicación del conocimiento, donde las condiciones de la objetividad son al mismo tiempo las condiciones del conocimiento. Esto quiere decir que los objetos del conocimiento dependen del conocimiento y no se puede afirmar nada de cómo son las cosas en sí mismas, no es posible conocer las cosas en sí. Las condiciones del objeto de conocimiento son las que aporta el conocimiento, por eso coinciden las condiciones de la objetividad con las condiciones del conocimiento. Se está hablando del conocimiento y no de la realidad en sí.

Hay que explicar el funcionamiento de esa máquina que produce el conocimiento. En primer lugar, los sentidos, que empezaron en la Filosofía siendo rechazados porque nos engañaban, ahora tienen un papel importante, porque aportan la materia del conocimiento. Las percepciones de nuestros sentidos son las que nos suministran información necesaria para producir los pensamientos. Y no sólo eso, sino que además constituyen el límite del conocimiento posible. Más allá de la experiencia sensible, no hay verdadero conocimiento. Nuestro límite es lo fenoménico, lo que se produce en la experiencia.

Pero además de la información de los sentidos, el entendimiento hace un aporte crucial. Está dotado de una serie de formas, que sirven para ordenar las percepciones. Esas formas no están en las cosas sino en el entendimiento, a diferencia de la idea de Aristóteles. Los fenómenos que captamos son caóticos, desorganizados. Se necesita el trabajo

de nuestro entendimiento para darle forma a todo ese material. Las herramientas con las cuales está dotado el pensamiento son las intuiciones del tiempo y del espacio, y las categorías, que son aquellos puntos de vista para conocer las cosas de que habló Aristóteles. Cuando la vista, el oído, o cualquier sentido, transmiten un dato, se lo ubica en un momento y en un lugar determinado. Se ve la lluvia cayendo sobre un prado, luego se observa la vegetación reverdecida. El pensamiento ubica la lluvia como en un tiempo anterior al reverdecimiento de las plantas, y en un lugar, el prado observado. Después de la ubicación en el tiempo y el espacio, opera una de las famosas categorías, la de causalidad. La mente es capaz de vincular dos fenómenos, la lluvia y el reverdecimiento, como causa la una y efecto el otro.

Las intuiciones de tiempo y espacio y las categorías, si no tuvieran datos de la experiencia, se quedarían vacías. Y los fenómenos empíricos, si no tuviéramos intuiciones y categorías, serían caóticos, no nos dirían nada. De modo que hacen falta las dos cosas, los fenómenos de la experiencia y las formas que tiene la mente, para que se produzca el conocimiento. Kant llama elementos *a posteriori*, los que vienen del mundo empírico, y *a priori*, los que tiene la mente antes de cualquier experiencia. Con estos dos tipos de elementos el entendimiento trabaja para producir el objeto del conocimiento. Ya la mente no es un espejo que refleja, es un mecanismo que produce.

Aquí se ve que el conocimiento está limitado a lo fenoménico. Surge porque ordenamos las percepciones (que son *a posteriori*) con las formas *a priori*. Las propiedades de

las cosas no son objetivas, no son propiedades de las cosas, sino formas lógicas de la mente, como el espacio, el tiempo, la causalidad, la pluralidad, etc. Lo que sabemos de las cosas es tal cual como se nos aparecen a nosotros, pero no sabemos, o no podemos decir, cómo son ellas en sí mismas. Kant dice que tiene que haber cosas reales, porque recibimos de ellas fenómenos, percepciones, pero no conocemos su esencia, cómo son en sí mismas, porque las conocemos desde nosotros, como se nos aparecen a nosotros. No conocemos las cosas en sí, sino para mí. La cosa en sí es incognoscible, escapa a nuestras posibilidades de conocimiento. No podemos afirmar nada sobre la existencia de las cosas en sí.

El conocimiento supone un sujeto que conoce y un objeto que es conocido. Para Kant, sujeto y objeto de conocimiento no existen primero y luego son pensados; el objeto es objeto porque es pensado y el sujeto es sujeto porque piensa. De modo que están condicionados a la relación de conocimiento, es todo relativo. Kant elimina del conocimiento todo lo absoluto, lo incondicionado, los seres que no dependen de algo.

Procura un punto de partida seguro para el razonamiento, tanto para la ciencia como para la moral. En la ciencia se apoya en la física de Newton y en la moral observa que la existencia de la conciencia moral es un hecho. A partir de allí, se derivan consecuencias importantes para ambos campos. Para Newton, el movimiento de los objetos es descrito por leyes matemáticas, de modo que todo es previsible. El universo está determinado, hay un ideal de causalidad. Todo fenómeno es efecto de otro, que es su causa, dando lugar a enormes cadenas de causas y efectos. Una vez que se produce un fenómeno, necesariamente

se va a producir el otro. Pero este otro, a su vez, es causa de otro y así sucesivamente. Todas las cosas están condicionadas a una relación de causa y efecto. No hay una entidad que no esté condicionada, que sea absoluta, que tenga en sí la razón de su existencia. Entonces el conocimiento científico supone una serie de actos que se van encadenando, que se completan y el proceso tiene la característica de ser auto correctivo. Cuando una proposición se muestra como falsa, es descartada y se continúa la búsqueda de una explicación, que es una aspiración constante. Esto introduce la idea de progreso en la ciencia, extraña en la antigüedad.

En el terreno moral, el de la razón práctica, como dice Kant, se observa que el hombre necesita de reglas morales, jurídicas, religiosas, pero dice que hay ciertas condiciones necesarias para la conciencia moral: la libertad absoluta, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. Estas nociones no son demostrables. Se ve obligado a postular lo absoluto; pero entonces Kant deja claro que el acceso a este ámbito es el camino de la fe, de la creencia, no del conocimiento. Consecuente con su posición de eliminar lo trascendente, se propone, sin embargo, alcanzar sin esa ayuda, la bondad, la justicia y la felicidad. La va a buscar en los hombres. La distinción del bien y del mal se encuentra en la razón práctica. Los hombres se dan a sí mismos, a partir de su razón, los principios morales y obedecen por su propia voluntad. El imperativo principal es el de actuar en todo momento de tal manera, que la ley que rige nuestros actos pueda ser postulada como una ley universal, es decir, que sea válida en cualquier momento y en cualquier lugar. Si podemos desear que el

principio de nuestra conducta y el motivo de obedecerlo sean exigidos a cualquiera, en todo momento y lugar, ese acto es conforme a la moral.

Kant precisa lo que se puede conocer y lo que solo es objeto de la creencia. Hay una tendencia humana a encontrar entidades no dependientes, explicaciones de primeras causas de las cosas. Podemos pensar que el universo es eterno, infinito, o, al contrario, que tiene principio a partir de la nada. La razón no es capaz de asegurar con certeza ninguna de las dos cosas, porque no hay información de los sentidos sobre eso. No podemos ver si el universo es infinito, no hay percepción sensible de ello, por tanto, no podemos producir conocimiento al respecto. Lo mismo podemos pensar que una característica del ser humano es su libertad, o más bien podemos decir que el hombre está sometido a la causalidad, como todo en la naturaleza. Kant dice que la libertad es la no determinación de la conducta por causas extrañas y piensa que no hay forma de demostrar que algo no existe, que no existen esas causas que determinen la conducta. No hay manera de ver y probar que no hay esos condicionantes. Entonces no hay acceso a estas nociones mediante el conocimiento; el único camino es el de las creencias, el de la fe. Creemos o no creemos en estas cosas.

Resumen

En este período, el conocimiento es visto de una manera muy diferente a la antigüedad. La existencia del universo ya no es algo que se da por sentado, ni es el eje en torno al cual gira todo. La duda se abre paso y se buscan certezas. El hombre ya no confía sino en él mismo. En materia de

conocimiento, su objeto ya no es el mundo que lo rodea, sino que comienza por centrarse en sus pensamientos y termina por construir el objeto del conocimiento. Todo va a depender del hombre. Ya lo central no es el universo, se trata ahora de una visión antropocéntrica de la cultura. Y todo se vuelve relativo. El sujeto y el objeto del conocimiento son dependientes de la relación de conocimiento.

Se elabora una explicación completa del proceso de conocimiento, en la cual hay una armonía perfecta entre los sentidos y la mente. Es decir, son igualmente necesarios la sensibilidad y el entendimiento. Ambos son analizados de manera exhaustiva. En materia de conocimiento científico, hay una limitación a lo que se manifiesta en la experiencia. Por otra parte, Kant logra eliminar del conocimiento las entidades absolutas, a las cuales volverán filósofos posteriores a él, provocando la reacción exagerada de la escuela positivista, que posteriormente sufrió su declive.

También Kant puso de relieve la tendencia del hombre a encontrar una explicación absoluta, de algo no condicionado, que no es posible en el terreno científico. Igualmente señaló la necesidad de las reglas morales y la existencia en los hechos de la conciencia moral. Entonces abrió el campo de las creencias, creó el ámbito moral, junto con el campo del conocimiento científico. De este último se ocupa la razón pura y del otro la razón práctica.

Se puede observar que el debate histórico, que venía desarrollándose desde la Antigüedad, se continúa en la Edad Moderna. Descartes tuvo que enfrentar y resolver la crisis que se presentó sobre la garantía de validez del conocimiento, e

hizo desviar la mirada del objeto al sujeto del conocimiento. Allí empezaron una serie de tentativas teóricas para explicar el problema, que culminaron cuando Kant elaboró una construcción completa del conocimiento, aprovechando las enseñanzas de Aristóteles, como expresamente advirtió. De modo que la discusión a través de los siglos, ha sido la fuente de donde han brotado las teorías. El don de la palabra, que mantiene vinculados a los hombres.

Conexión con los semitas

Los cambios en materia de conocimiento de esta época tienen lugar en la Europa posterior a la Edad Media. Durante el período medieval se reunieron la cultura greco-romana, que había formado la base del Imperio Romano; los pueblos bárbaros del Norte, que invadieron y acabaron con el Imperio de Occidente; y el cristianismo, que venía de Oriente y que penetró lentamente. Los griegos y los romanos eran de origen indoeuropeo, igual que las tribus bárbaras invasoras. De modo que hay ciertas características de pensamiento, propias de la familia indoeuropea, que están presentes. Pero a lo largo de ese período, el cristianismo logra imponerse y convertirse en la religión oficial, incorporando ideas diferentes, propias de los semitas, que transforman la cultura.

La concepción del tiempo y la Historia, las creencias sobre la racionalidad del Universo, la posición respecto de la fe, la separación ontológica de materia y espíritu y el monoteísmo ecuménico, son concepciones de indoeuropeos y semitas que se enfrentan y que son responsables de cambios importantes en Europa, incluyendo la teoría del conocimiento.

La idea circular del tiempo y de la Historia de los indoeuropeos lleva a la idea de conservación. Si todo se repite, como las estaciones en la Naturaleza, no hay cambio, avance, progreso, sino conservación. No es extraño, por tanto, que la idea de justicia de Aristóteles, en la justicia distributiva, perseguía la conservación del *status* de cada uno y en la justicia correctiva, conservar el mismo patrimonio antes y después de la negociación. Contrasta con la noción moderna de justicia, que permite el enriquecimiento como algo lícito y que requiere de los países un aumento anual del producto interno bruto. Lo mismo sucede con el conocimiento. La idea aristotélica de verdad científica exigía una validez absoluta, que se obtenía a través del silogismo, aunque no implicaba progreso alguno en el conocimiento. La conclusión de un silogismo simplemente explicita lo que está contenido en las premisas. Si las afirmaciones científicas encierran verdades absolutas, lo procedente es su conservación. En cambio, la noción actual de ciencia está vinculada con la auto corrección, que permite descartar conocimientos falsos, buscar nuevas respuestas y producir la idea de avance, de progreso en la ciencia. Esta modificación de paradigma indica que la idea lineal del tiempo, la Historia con un principio y un final, que supone desarrollo y que es propia de los semitas, se había incorporado a Europa, a través del cristianismo, y había ejercido su influencia. Hizo parecer inadecuado el modelo que solo permite conservar lo que ya se sabe. Por eso varios pensadores rechazaron el silogismo y apoyaron la experimentación científica, con las consecuencias que esto trajo. De modo que abrir la mente hacia la idea de progreso como algo valioso, en vez del ideal

de conservación, produjo cambios en la economía, en la noción de justicia y en el modelo científico.

Los indoeuropeos pensaban en la naturaleza como dotada de un *logos* interno, que dirigía sus movimientos y transformaciones, que procuraba el orden en lugar del caos, que funcionaba de una manera armoniosa. Concebían al universo inteligente como una totalidad, que era el centro de todo, y cada cosa, incluso el hombre, era una pequeña parte de este conjunto magnífico. Había unas leyes inexorables que lo regían todo, por eso no consideraban libre al hombre, sino sometido a un destino. Frente a esta concepción indoeuropea, la tradición bíblica semita hablaba de un mundo creado por Dios y dirigido por su sabiduría. La racionalidad del universo estaba fuera de él, ya que era la razón de Dios la que gobernaba todo movimiento. Por tanto, no era el cosmos ese mecanismo extraordinario que estaba en el centro de todas las consideraciones de los indoeuropeos, ya que el autor de todo era Dios y constituía la referencia fundamental. Y Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza, por lo cual era el rey de la creación, la criatura de mayor jerarquía. Además, el hombre fue creado libre, de modo que podía obedecer o desobedecer la voluntad de Dios. Aquí el papel del hombre es mucho mayor que en la otra concepción y la idea de libertad comienza a sembrar la semilla de la individualidad, que va a germinar muchos siglos más tarde. Porque cada hombre es responsable de sus actos ante Dios; hay una relación personal del hombre con Dios y no colectiva, como el hombre de la antigüedad, cuya religión era inseparable de la colectividad, de la *polis*.

En la primera concepción descrita, el universo era inteligente y el hombre, como parte del universo, también era racional. Por eso era posible el conocimiento. Había que trabajar con método para encontrar la verdad, para captar la realidad. Existían las cosas, eso era lo fundamental; el conocimiento no era más que comprender las cosas que existían. Pero había que ser cuidadoso para evitar el error, había que razonar bien. En la otra concepción, Dios habla al hombre y le revela su plan, su voluntad. Dios habló a Moisés, condujo a su pueblo, dictó los mandamientos de acuerdo a los cuales debían vivir los hombres. Lo que se espera es que los hombres crean en Dios, que le obedezcan, que tengan fe. Cuando Cristo predica dentro del ámbito del Imperio Romano, en el cual surge el cristianismo, los que le escuchaban le preguntan por qué era verdad lo que decía. Cristo decía que Él lo afirmaba y que había sido enviado por su Padre. Y entonces le preguntaban: ¿Y dónde está tu padre? Era la confrontación de la razón y la fe, de los indoeuropeos y los semitas.

Estas diferencias de las dos concepciones se van a acentuar en sus efectos con la dualidad de la naturaleza humana en la tradición bíblica. El hombre está formado de cuerpo y alma. Lo importante es el alma inmortal, el cuerpo representa la tentación del mal. El alma es del dominio del ámbito religioso, que debe estar separado de lo temporal. Cristo dijo: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. En los pueblos indoeuropeos, en la *polis* antigua, la religión era el eje de lo político. Quien no pertenecía al culto, no era ciudadano, el rey era el sumo sacerdote. Entonces el cristianismo viene a separar Iglesia y Estado. Cuando el cristianismo se impone,

rompe la inmediatez que había entre el hombre y su ciudad, empezando a ahondar el individualismo, en contra del anterior predominio del interés colectivo. A esto se une la idea de la libertad individual de origen bíblico, que enaltece más la posición del hombre, como separado de lo colectivo.

Pero, además, Cristo introdujo un monoteísmo ecuménico. Los indoeuropeos eran politeístas, frente al monoteísmo judío, que era el monoteísmo de un pueblo escogido. Cristo generaliza el monoteísmo a todos los hombres; ya no hay libres y esclavos, judíos y no judíos. Si Dios es Padre de todos los hombres, todos son hermanos, no hay diferencias entre ellos. El ser humano sigue creciendo; por el hecho de ser humanos, todos son libres e iguales. Al imponerse el cristianismo, se cambia la mentalidad en la consideración del hombre. Durante un tiempo, el hombre estaba subordinado a Dios; pero pronto, en la Edad Moderna, viene la independencia. De esta forma, el hombre pasó de ser una pequeña parte del universo, a ser el rey de la creación y, por último, a bastarse a sí mismo. Según Grocio, la razón del hombre era tan importante, que de ella se derivaba el Derecho *more geométrico*, aún si Dios no existiera o no se ocupara de las cosas humanas.

En la Antigüedad indoeuropea la concepción del mundo era cosmocéntrica; lo más importante era el cosmos, el universo. La Edad Moderna europea, que ya había recibido el impacto del cristianismo, se vuelve antropocéntrica, el hombre es el centro de toda la visión del mundo. De modo que el aporte de los semitas del Oriente cercano, a través del cristianismo, fue decisivo para transformar el pensamiento europeo. La economía, el Derecho, la organización política,

están estructurados sobre la base del individualismo, que fue posible al romper la unidad anterior en que vivía el hombre indoeuropeo. El hombre y sus derechos fundamentales son el centro de todo. Y esto también explica la teoría del conocimiento. En el realismo, el conocimiento consiste en captar correctamente las cosas; lo importante es el cosmos. En el idealismo, el entendimiento del hombre construye el objeto del conocimiento; todo depende del hombre, también el conocimiento. La teoría del idealismo fue posible por el impacto de nociones semitas dualistas, que liberaron al individuo de la inmediatez en que vivía con el mundo.

El meollo de la posición dualista comienza por la escisión ontológica, la existencia de dos naturalezas distintas. Esto es posible porque la concepción dualista descansa en la idea de que el origen del Universo es un Ser distinto al Universo. Hay, pues, el Universo y hay Dios, son dos entidades diferentes, dos naturalezas distintas. No hay un solo Todo, del cual el hombre es una parte indiferenciada, como en la visión cosmológica. Aquí el hombre es diferente, porque ha sido creado por Dios como una criatura superior, diferente a las otras, ya que está dotado de razón y de libertad. Esto independiza al hombre del mundo, le da una individualidad especial. Esta escisión ontológica inicial del dualismo era necesaria para que el sujeto cambiara su posición en la relación de conocimiento. Desde Descartes, la mirada pasa del objeto al sujeto, porque el sujeto ha cobrado importancia, gracias a la concepción dualista. Cobra tanta importancia, que ya no hablamos del conocimiento como un modesto reflejo del mundo, sino como un mecanismo poderoso que produce. Toda la sociedad se va a organizar en

torno al hombre, a sus derechos individuales, a la garantía de su libertad. La civilización ya no tiene como centro al cosmos, sino al hombre. De cosmocéntrica se vuelve antropocéntrica, y esto se debe al dualismo. Porque la concepción del hombre es muy diferente en el monismo y en el dualismo. En el monismo es parte del Universo, determinado, como todas las cosas. En el dualismo el hombre es libre, responsable de sus actos. El hombre está separado de las demás cosas, tiene una posición única, especial. En el dualismo inicial, bíblico, el hombre tenía una relación con un solo Dios, respondía él ante Dios. Esto individualizó al hombre, lo separó de las otras criaturas, e incluso de la comunidad, porque su relación con Dios era personal. Si vivía en el Imperio Romano, que tenía una religión propia del Imperio, el creyente judío podía ser ciudadano romano, pero había un ámbito religioso que lo separaba de la comunidad política. Esto le dio independencia, individualidad.

Para que el idealismo se centrara en el sujeto, y no en el objeto de conocimiento, fue necesario que influyera el dualismo semita. Para que la Ciencia abandonara las verdades absolutas y creyera en la auto corrección, era preciso creer en el progreso y no en la conservación, gracias a una visión diferente del Tiempo y de la Historia, de origen semita. Para que fuera posible la explicación de la existencia de las reglas morales, que presuponen la libertad, el alma inmortal y Dios, había que aceptar la Fe, la creencia, y no la comprobación empírica, todo ello por la herencia semítica.

En la primera parte de este trabajo vimos las características del pensamiento de las dos familias caucásicas, que

constituyeron la base del mundo occidental. Y vimos como esas características se derivan del punto central: monismo o dualismo. En la segunda parte examinamos el problema del conocimiento y dos teorías que explican un aspecto esencial del conocimiento, en las cuales encontramos que siguen gravitando el monismo y el dualismo. La respuesta que se adopte a este problema, es lo que permite comprender en su conjunto a la sociedad, cómo se organiza, en qué cree, cómo ve al mundo. Este es un escalón previo, a otro por completo necesario: con cuántas clases de objetos vamos a trabajar. Cualquier disciplina científica tiene que precisar, no sólo cuál es su objeto de estudio, sino cuál es la naturaleza de su objeto. Sería poco serio no hacerlo. Para esa reflexión, es bueno examinar estas cuestiones elementales de las cuales hemos conversado.